

# IWASAKITIS

**Alberto Jiménez Liste**  
IES Pedro Laín Entralgo (Híjar)

Yo tenía un profesor de literatura que decía que existían dos clases de autores: los escribientes y los escritores. Ambos, evidentemente, hacen lo mismo: escribir. Pero los escribientes se dedican a ello porque no deben tener nada mejor que hacer, colocando una palabra detrás de otra al igual que un albañil coloca un ladrillo encima de otro hasta que, de repente, la pared está hecha (y no pretendo con esto ofender al digno gremio de la albañilería). El escribiente es alguien capaz de llenar hojas, pero el espíritu que anima dichas hojas es tan nulo como el que reside en una tapia cualquiera. Sin embargo, de repente, aparece el escritor, el artista, ese que no gusta de hacer tapias, aunque sepa, sino ese al que de repente, zas, le sale, como si tal cosa, la catedral de Teruel, el Escorial, o la Sagrada Familia. Mi profesor decía que la cosa esa rara del arte no solo era cuestión de técnica sino que sobre todo era cuestión de genio y espíritu. Que el hallazgo artístico lindaba más con la parapsicología que con el positivismo científico.

El buen lector, como el francotirador, debe afinar la vista, aprestar el ojo. La buena literatura yace en un mar caótico e insondable y uno debe de ser sagaz y rápido para capturar la buena presa y desestimar la nefasta. Así las cosas, al buen escritor se le reconoce en cuanto se lee no ya la primera frase de una de sus obras sino incluso el título. Un buen título dice mucho, tal que un buen nombre y, en este sentido, Fernando Iwasaki (cuanto pintoresquismo en tan solo dos palabras, maravillosa unión de

tradicionalismo hispano<sup>1</sup> y vanguardia japonesa<sup>2</sup>) junto a ese extraño sustantivo que es *Neguijón* impulsan a que uno abra la novela y comience a leer, detectando lo que yo considero seductora musicalidad: “Cuando el sollozo de la campana rasgó el silencio supurante de la ciudad, los poblados de Lima advirtieron sobrecogidos que aquél no era el tañido de la peste, ni el repique del fuego, ni el doblar de los duelos, ni el rebato contra las ratas, sino algo infinitamente peor y más doloroso.”<sup>3</sup> Yo no conocía a Iwasaki, pero, tras abrir una de sus novelitas en la sección de librería de El Corte Inglés, durante una de esas tardes solariegas en las que uno pulula por ahí buscando la caricia del aire acondicionado me dije: “¡Recórcholis! Aquí hay un escritor.” Y, qué casualidad, meses después, en el instituto, me dicen que va a venir don Fernando Iwasaki y que si quiero presentar el acto. Yo, encantado, acepto.

Iwasaki es autor de esos títulos tan de escritor, títulos que nos recuerdan a Homero (*A Troya, Helena*), a Ovidio (*Helarte de amar*), al Arcipreste de Hita (*El libro del mal amor*) o incluso a mi muy admirado Howard Philips Lovecraft (a él homenajea en alguno de sus cuentos). Leer a Fernando Iwasaki es leer a un escritor que se sabe perteneciente a una larga tradición. La buena literatura evoca sus precedentes puesto que el hoy es siempre fruto del ayer. Tras ese concepto tan estimado como relativo de la originalidad se esconde el fantasma de lo clásico. Para ser innovador debe conocerse bien la tradición. El buen hijo agradece siempre ser fruto del buen padre. Así las cosas, cuando uno se adentra en la lectura de la obra de Iwasaki, uno denota que en sus frases laten esas influencias maravillosas que otorgan el hálito de la frescura. Tras *Ajuar funerario* no solo late el

---

<sup>1</sup> Recuérdese a Fernando el Católico, Fernando de Antequera, Fernando Fernán Gómez (también nacido en Lima, por cierto) o incluso a Fernando Esteso.

<sup>2</sup> Lo de Iwasaki suena a tecnología de última generación, chip de la Nintendo Next Generation o incluso a director de cine para modernos: Takashi Kitano, Shinya Tsukamoto, Takashi Miike, Takashi Shimizu.

<sup>3</sup> *Neguijón*, Fernando Iwasaki, Alfaguara, Santillana, Madrid, 2005.

cuento corto de miedo popular, ese que se escucha con escalofriante devoción durante las noches invernales. Mientras el lector degusta esta pequeña obra maestra del género, imagina a Iwasaki leyendo a Sheridan Le Fanu, Mary Shelley, Bram Stoker, Edgar Allan Poe, Arthur Conan Doyle, Robert E. Howard y tantos otros. Uno sabe que Iwasaki gusta de Jorge Luis Borges, de Julio Cortázar o Juan Carlos Onetti, pero descubre con agrado que una de las citas de *Ajuar funerario* procede de una película de serie-b dirigida por Brian Yuzna: *El dentista*. Por ello, uno intuye que Iwasaki conoce los mundos pesadillescos de H. R. Giger, las fantasías cárnicas de David Cronenberg o las historias fantasmales de Stephen King. A poco sagaz que se sea, el buen lector se dará cuenta de que *Neguijón* bebe tanto de la tradición barroca como de los dolorosos relatos de Clive Barker.

No sé porqué, pero imagino a Iwasaki en su casa, sujetando un libro de poemas de Federico García Lorca mientras ve *El exorcista* en la televisión. Ello me lleva a citar otra de sus obras, *Inquisiciones peruanas*, donde las posesiones demoníacas se dan la mano con otro tipo de posesiones, muchísimo más placenteras, al igual que el dato erudito y la crónica histórica dan paso a la jocosa anécdota y la sátira social. En *Inquisiciones peruanas*, Iwasaki deja claro que conoce muy bien la *Biblia*, el *Malleus Maleficarum* o el *Opus de Magica Superstitione*, pero *Inquisiciones peruanas* tiene un arrebatador hálito de novela de kiosco, incluso de cómic de corte sensacionalista (Iwasaki parece gustar tanto de Velázquez como de Milo Manara). Así las cosas, la literatura de Fernando Iwasaki es una sabia mezcla de materiales diversos, bálsamo dignificante de lo bajo, remedio necesario de lo soberbio. En *Helarte de amar* no solo se bromea con el clásico título de Ovidio sino que se da entrada a lo obsceno. Una cita de Luis Cernuda es insigne preámbulo de ese excitante y emocionante cuento que no es otro que *La mujer de arena*, donde no sólo

tienen importancia la realidad y el deseo sino también esos tiernos moluscos que las niñas esconden entre sus piernas.

No me gustaría concluir esta carpetovetónica reflexión por escrito sin hacer mención a una de las utilidades más arcaicas y, a la par, olvidadas que tiene la palabra. La palabra bien utilizada, la palabra revestida de belleza, dignificada por su uso y contexto. La palabra como salvación, la narración como huída de todo pesar. Nada más y menos que en *Las mil y una noches*, Sherezade, como todo el mundo sabe, va a utilizar el arte de narrar para cautivar hasta tal punto a su esposo y verdugo que, finalmente, salvará su vida. Pues bien, hace algunos días, cuando un grupo de profesoras iban camino de Zaragoza se averió el coche. Al parecer, el sol era justiciero y el tipo de la grúa estaba echándose la siesta. Aquella situación, que pronto podía haber originado la más absoluta de las desesperaciones quedó transformada, gracias a la literatura de Fernando Iwasaki, gracias a la magia de la palabra, en una improvisada fiesta. Mientras que el de la grúa se despertaba, los relatitos de *Ajuar funerario* sirvieron de tabla de salvación. Una de las pasajeras, improvisada juglaresa, deleitaba al resto de sus compañeras con los cuentos del señor Iwasaki. Una vez apareció el señor de la grúa, la fiesta no pudo parar y, a fecha de hoy, el señor de la grúa es todo un voraz aficionado al cuento y novela del señor Iwasaki. Sí, lo que he podido detectar durante estos días de preparación en el instituto es que la literatura iwasakiana contagia. Casi todos los profesores han comprado alguno de sus libros, incluso han llegado a mis oídos noticias de que el otro día, en clase de matemáticas, no se hizo ni una suma ni media. Todos los alumnos y el profesor estaban leyendo a Iwasaki. ¿Y qué decir del famoso incidente en la misa del pasado domingo, cuándo el cura en vez del sermón leyó uno de los cuentos de *Ajuar funerario*? Como si de una película de zombis se tratara, lo de Iwasaki se contagia, es

una plaga. De hecho, ya hay quien no sabe si lo de Iwasaki es apellido o nombre de alguna singular enfermedad contagiosa.

Híjar, 16 de abril de 2008